

do de anticomunismo» un artista como Sábato; alguien, en fin, dispuesto a sospechar que acaso es poco fino el desprecio del señor Kemenov, que en gloria esté, contra esos artistas que están en otra gloria, ésta de aquí, ésta que sirve al enriquecimiento de la conciencia humana? Picasso, Sartre, Moore, Miró... Dios mío, qué borde que es la estupidez y qué arrogante la ignorancia, cuán atrevida la mediocridad y qué babosas las consignas autoritarias. Sábato, como artista, no puede estar sino enfrentado a ese Poder tan nauseabundamente necio. Como científico, lo mismo: «El teorema de Pitágoras vale tanto para un "putrefacto" país occidental como para una impecable sociedad soviética, y sería asombroso que se lo impugnase por las opiniones políticas de su autor. Sin embargo, así se hizo en la Alemania nazi, donde se impugnó la teoría de Einstein, como típica manifestación de la mentalidad judaica. Y así sucedió en la Rusia comunista cuando se proscribió la lógica matemática y la genética "burguesa", como si los genes pudieran responder a los intereses de Wall Street. El profesor Zhebrak fue denunciado por *Pravda* (palabra que significa "verdad") por haber declarado a la revista *Science* que muchos genetistas rusos apoyaban la doctrina mendeliana. Con ansiosa urgencia, la Academia de Ciencias Agrarias Lenin envió la siguiente carta a Stalin: "Usted, querido Jefe y Maestro, ha ayudado a los sabios soviéticos a desarrollar nuestra avanzada ciencia materialista, que sirve al pueblo en todos sus trabajos y conquistas, una ciencia que expresa los ideales y los elevados propósitos del hombre de la nueva sociedad socialista". Al mismo tiempo la Academia expulsó al fisiólogo Orbelli y al morfológico Schmalgauzen, liquidó el laboratorio de fitogenética y ordenó reescribir todos los textos de biología sobre la base de la doctrina oficial, doctrina que respondía a los postulados del materialismo dialéctico, pero que tenía un pequeño defecto: era científicamente falsa» (22). Es cierto: la ciencia soviética ha cambiado de táctica, ya admite las investigaciones «burguesas»: ¿cómo, si no, la URSS habría alcanzado a ser una de las dos más formidables y asquerosas potencias nucleares de la Tierra? También es cierto que algunos científicos (lo repito: ciertos psiquiatras) siguen deshonrando su oficio. Y por último: adviértase que estas frases de Sábato que acabo de citar, y en las que se denuncia también la náusea del nazismo, fueron publicadas en Argentina en un momento en que, como sabemos documentadamente, algunos nazis se ocupaban en una de sus predilectas tareas: la tortura; en un momento en el que ser judío significaba en Argentina un riesgo; defenderlos, también. En esas frases del Sábato científico concurren a la vez el artista y el

---

(22) Sábato, en *Apologías y rechazos*, pp. 151-52.

ser civil. Pero es que sucede una cosa tremendamente incómoda para esa variedad de semiapasionados por la justicia para la Humanidad partida por dos: que una moral que excluye de sus críticas a la mitad del sufrimiento y que se desentiende de las libertades en la mitad de los pueblos del mundo, no es ya media moral, sino ninguna. Para decirlo de un modo más preciso: nadie tiene derecho a ser considerado un combatiente de la libertad si no denuncia con igual furor el autoritarismo de la URSS que el autoritarismo gorila. La memoria es sagrada y sin memoria no existe la ética política. La memoria nos dice que el comunismo real no es aquel que soñaron tantos hombres honrados, sino ese monstruo que deglute las dignidades colectivas (en 1953, Alemania Oriental; en 1956, Hungría; en 1968, Checoslovaquia; en 1980, Afganistán; en 1981, Polonia...). La memoria nos dice que allí donde se ha impuesto el comunismo de obediencia soviética (salvo en China, Albania, Cambodia..., también dictaduras notables, no hay otro en el Poder) se ha apoltronado la dictadura (en la URSS, el *Gulag*, con millones de cadáveres anónimos; en Cuba, un paraíso del que miles y miles de cubanos huyen en una sola noche al cobijo de una Embajada; en Alemania, un muro prodigiosamente bautizado; en Vietnam, un infierno del que se huye por los mares afrontando tornados y piratas, sádicos y asesinos, no más terribles para miles de vietnamitas que el propio gobierno de su patria; y en general, un estado policíaco en todos los países del Pacto de Varsovia). La memoria nos dice que no escuchemos el murmullo de la nostalgia sino el fragor de la realidad, y que no basta hacer remilgos contra la persona de Stalin, como si éste no hubiera heredado un Estado policíaco de manos de Lenin, que luego fue «perfeccionado» y que, tras la muerte de Stalin, sólo cambió de formas. La memoria, la canosa y la joven, nos recomienda que trabajemos con la realidad y no con los ensueños de la fatiga o la mala conciencia. Y, finalmente, con los ojos abiertos, es preciso advertir que para ser un escritor moral es necesario ser antisoviético. Y más aún: que para tener el derecho de denunciar los desafueros del fascismo y aspirar a que esa denuncia sea creída por los hombres que ejercen o que añoran la libertad, es necesario ser antisoviético. Dijo Paul Valéry, en contexto distinto: «Lo peor de nuestro tiempo es que el futuro ya no es lo que era». Se trata de saber que es necesario procurarnos otro futuro. Que ese futuro está inventado: se llama democracia. Se trata de saber que o conseguimos entre todos multiplicar la democracia, preñarla de solidaridad, o puede ya no haber futuro, ni mediocre ni malo: puede ser tan horrible que equivalga a la nada. Se trata de saber que existe una moral que ya trabaja por una Internacional Democrática, que en las filas de esa Internacional forman hombres que con su